

purorrelato

IV CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

Casa África

Presidencia

Excmo. Sr. D. Fernando Clavijo Batlle

Vicepresidencia

Excmo. Sr. D. Alfonso Dastis Quecedo

Vocales

Augusto Hidalgo Macario, Ildefonso Castro López, Susana Velázquez

Valoria, Eva Martínez Sánchez, Ana María Rodríguez Pérez, Pablo Rodríguez

Valido, Pedro Ortega Rodríguez

Director General

Luis Padrón López

Secretaria General

Arianne Hernández González

Gerente

José Luis Márquez Ocaña

Jefa del Área Mediateca y Web

Estefanía Calcines Pérez

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano. Forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española junto con Casa de América, Casa Árabe, Casa Asia, Casa Mediterráneo y Centro Sefarad-Israel. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter económico, así como en los ámbitos político, social, educativo y cultural, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, el Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

*Pero ¿puede acaso morir una idea? ¿Se puede
destruir un altar a la revolución consagrado en
el propio espíritu revolucionario del pueblo?*

NGŪGĨ WA THIONG'O, ESCRITOR KENIANO

Índice

Prólogo.....	13
Introducción.....	15
Selección de microrrelatos y firmas invitadas.....	17
En algún lugar del Sahel.....	21
Monstruos	23
Kabwe.....	24
Géntu Ndaw.....	27
La trinchera	28
Sueños de África.....	29
Una mujer, una playa.....	30
Propósitos	31
La casa de Buyumbura	32
Historia de una Kora.....	33
Historias trenzadas	34
Ofrezcan pruebas	35
Keza.....	37
Marrakech a la carta.....	38
Las visitas	39
Trasatlántico	40
La revelación.....	41
Las palabras pendientes	42
Muñeco	43
Siempre estoy en casa.....	44
Puente de Calima.....	45
Abiyán	47
Ofrendas	48
Los hijos de las nubes.....	49
Wangari Maathai	50
La gente del Mundo.....	51
Crespos.....	52
Llamadas.....	53
Un jeque matemático	54

Estúpido	55
X.....	57
Mr. Hausa.....	59
Valor	60
Eterna juerga.....	61
A África	62
La danza	63
Kariakoo	64
El periplo de Samba	65
Piedad.....	67
Ranas asadas.....	69
Algo mejor.....	70
Okavango	71
El niño que hablaba con los ojos	72
Fortaleza	73
La mosca.....	74
Su luz en la noche oscura	75
Con cada paso nace un camino	76
Perdona, ¿quieres tomarte un café conmigo?	77
Paradoja.....	78
Renuncia.....	79
Amor a distancia	81
Nosotros, los salvajes	82
Una lágrima más	83
El ciego y el hechicero	84
Esa mujer blanca.....	87
La guerra de las mujeres	88

Prólogo

Kouao Medard Bouazi

Ganador del primer premio de Purorelato 2015

Casa África renueva otro año su concurso de microrrelatos, que se impone cada vez más como una cita indispensable en el universo literario africano, suscitando el descubrimiento y la promoción de nuevos talentos de dentro y fuera del continente. La escritura se hace aquí a través por terrenos conocidos y desconocidos, esos de los sentimientos humanos. Los textos de la nueva cosecha recordarán ciertamente la cita de Montesquieu, que afirmaba: «no se trata de hacer leer sino de hacer pensar». La emoción, el sufrimiento, la admiración brotan de las palabras para expresar los miedos y los sueños de estos autores que reúnen a su manera el espíritu de las Luces.

Al escribir estos microrrelatos, se convierten en guardianes de la naturaleza humana, pintores de la conquista colonialista, pero también poetas de la esperanza. Los textos aparecerán como meditaciones ficticias sobre la grandeza y el hundimiento de nuestra humanidad sin renegar por ello de un cierto optimismo. Son el tratado imaginario de un África que aspira a la felicidad y que desafía a los déspotas de todos los horizontes.

Es cierto que los relatos no pararán la locura de los hombres, pero nos harán soñar un continente donde la esperanza no se hunde, aunque a veces reproduzcan nuestro ideal destrozado. Dibujan esa África que se quiere eterna, que se ve más fuerte a pesar de todas las murallas fortificadas que hacen desfilas tanta angustia en las miradas de los jóvenes. Con sus plumas, nuestros autores han entrado en la emoción de un África cubierta de una capa de dominación para liberarla simbólicamente, por ejemplo reinventando un Don Quijote del desierto.

Han querido recrear una ciudad donde la alegría es hermana de los hombres. Un poco como si rechazaran escribir hoy el réquiem del futuro.

Introducción

Luis Padrón López

Director general de Casa África

El año pasado conmemorábamos el cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes y es, precisamente, un texto protagonizado por dos de sus personajes, Don Quijote y Sancho Panza, el que resultó ganador de la cuarta edición de nuestro concurso de microrrelatos, cuya publicación tiene ahora ante sus ojos. El texto cambia La Mancha por el Sahel y pone en valor la rica cultura, la historia y las tradiciones de ese punto del planeta. Quijote y Sancho nos hablan desde Tombuctú, uno de esos lugares míticos, famoso por ser el centro de un universo rico, culto y sorprendente del que nos queda el testimonio de sus manuscritos.

Escribo estas palabras en el momento en el que acabamos de clausurar una exposición que hemos acogido también en Casa África y que sitúa al hidalgo manchego en los alrededores del río Níger. Como sucede en el microcuento ganador de *Purorrelato*, Quijote y Sancho pasean junto a las mezquitas y bibliotecas de Tombuctú en esta muestra, aunque cambian a Rocinante por una jirafa o dibujan al caballero lanzándose de cabeza desde un puente de Niamey a las aguas infestadas de cocodrilos. Pudimos disfrutar de una conferencia, el año pasado, de una de las personas que evitó la destrucción de los manuscritos de Tombuctú por los yihadistas. Nos contó cómo habían dispersado, escondido y sacado del país documentos valiosísimos, poniendo en riesgo sus vidas.

Lo cierto es que la literatura crea nuevos puentes entre África y España y viceversa. Nuestros héroes y escritores se imaginan en un contexto del continente africano. Nuestros vecinos africanos usan

nuestra lengua para expresarse y también adoptan a nuestros escritores y personajes entre ellos. Y los escritores y personajes africanos, poco a poco, también se van haciendo un hueco en nuestras estanterías, nuestros clubes de lectura y nuestros referentes.

Esperamos que disfrute esta nueva publicación de *Purorrelato*. Nos recuerda que cada día estamos más cerca y que las cosas que nos unen son más que las que nos separan.

Selección de microrrelatos y firmas invitadas

Primer Premio

NENDO DANGO

Tras engarzar un país con otro; de proyectos de desarrollo a crisis humanitarias, de voluntario de modestas oenegés a oficial de Naciones Unidas; Nendo Dango decide crear relief-voice.org: un espacio que ofrece la palabra a los receptores de la ayuda humanitaria para que evalúen las organizaciones que los asisten.

A lo largo de esos años acumuló garabatos de letras en frases enmarañadas; papelitos arrugados guardados sin orden ni concierto; caligrafías prehistóricas en rudos armazones gramaticales como sacados de una ferretería, más parecidos a telegramas que a narrativa. Borradores de sucesos, fragmentos amontonados del paisaje humano atrapados en borrones.

Una de esas notas furtivas corresponde al relato que aquí aparece, extraído de un manuscrito sin publicar: *El agua del extranjero, descalabros de un mercenario humanitario.*

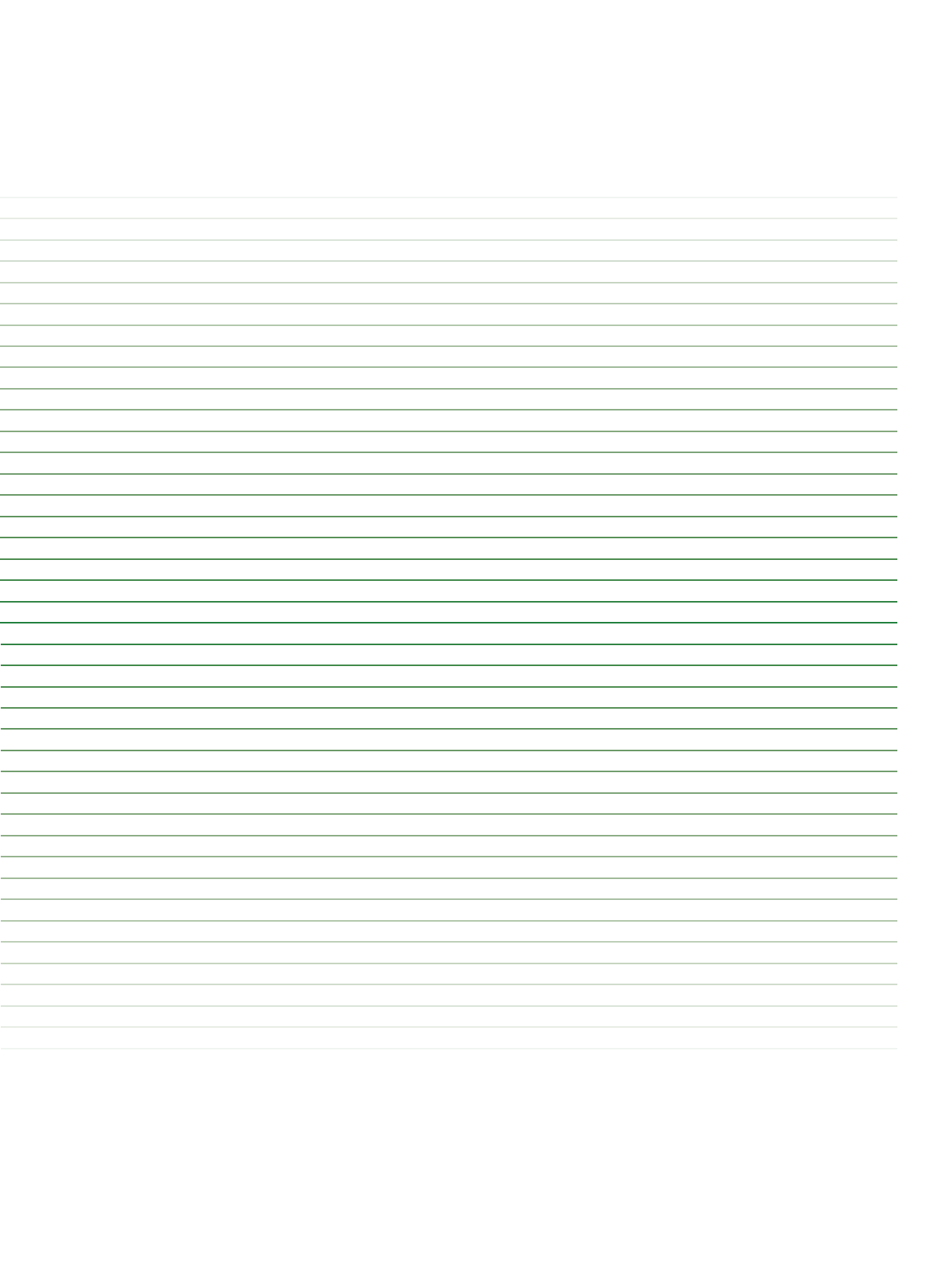
Imagen: Marta Conti



IV Purorelato



*Jardín íntimo bajo el agua, silencio
ingrávido donde zambullirse
a respirar palabras reales, con
vida. La literatura nos guarece
contra la ficción cotidiana*



En algún lugar del Sahel

Nendo Dango

Mire su merced que aquellos alminares no son gigantes ni molinos sino mezquitas de barro y palos. Ay mi fiel escudero —replicó el ingenioso hidalgo— prescinde ya de protocolos literarios, que hace mucho que dejamos Toledo y nos dan por muertos. Que ya te previne que era menester vivir como loco para morir cuerdo. Así charlaban, con las barbas cubiertas del polvo rojo del harmatán, abatidos y maltrechos sobre sus flacos dromedarios antes de entrar en las calles frescas de Tombuctú.

Calumnias vinimos a combatir, desfaciendo agravios, amigo Sancho. Que bien sabemos, que ni Mungo Park ni Gordon ni Callé descubrieron tierra alguna. Y más me irrita que nos confundan con Marlow y su escudero Kith, sin acertar a distinguir escarificaciones de linajes andalusíes. Que todo esto, amigo fiel, ya lo tenían sufrido los nuestros hace mucho. Razón no le falta a mi señor, que se dejen ya de empujar con sus Bartons, Stanleys, Spekes, Livingstons y todos esos aficionadetes a Marco Polo que usurparon las hazañas de Ibn Batuta, de Aly Bey y del mismo Es-Saheli, leal al gran Mansa Musa. Mejores ínsulas mereció Yuri Gagarin que Herodoto, así se lo digo. Mucho tienes aprendido en estos cuatro siglos, hermano Sancho, que ya destapaste los disparates de la Historia amañada y mal contada. Y diciendo esto, se acercaron unas mujeres que, dándoles bienvenida, ofrecieronles el agua del extranjero.

Segundo Premio

IV Purorelato

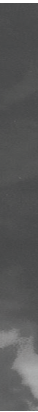


ISIDRO CATELA

De vocación y profesión: escritor, en el buen sentido de la palabra. Periodista, profesor universitario y doctor en Ciencias de la Información, colabora habitualmente en diversos medios de comunicación, en los que intenta cuidar con mimo la palabra para preservarla, en

la medida de lo posible, de vértigos y otros atropellos periodísticos. Entre otros, es autor del libro *Hijos conectados: educar en la era digital* y del poemario infantil *La lámpara encendida*. En la actualidad imparte clases de Comunicación y Humanidades en la Universidad Francisco de Vitoria, dirige el programa *Testimonio*, de La 2 de TVE, y es colaborador de la Cadena COPE.

***Parafraseando a
Dovstoeisky, no podría
vivir sin pan, pero
tampoco podría existir
sin la belleza que
hay en la literatura***



Monstruos

Isidro Catela

La embarcación estaba llena, como la luna. Un puñado de hombres, arracimados, alguna mujer embarazada, niños; las palmas de las manos blancas y las pupilas de los ojos, rojas. Pasaban por ellas, bajo una luz nueva y crepitante, antílopes, hienas, una estampida de búfalos, todo el macizo de Ruwenzori. Las noches en el mar son así: eternas ondulaciones de la memoria, imágenes que nos mecen y azotan hasta abandonarnos como un plástico empapado en la orilla de otra vida. Éramos treinta y nueve (cuarenta si contamos a la bestia). Enorme, verde, con los ojos como dos globos hinchados y la cola larga, que utilizábamos como remo. La encontré hace años en mi país, en las profundidades del lago, y nos hicimos amigos.

Anoche, cuando arreció la tormenta, también el animal se alzó valiente, guardó el fuego que el cuerpo le pedía, y achicó agua como el que más. Solo los dos permanecemos despiertos casi hasta el final. Le guiñé un ojo antes de caer rendido y, con complicidad, lanzó un bramido ronco y suave, como el que arrojaban al océano las sirenas de los antiguos faros en los días de niebla.

No, no está aquí. Le despedí con un abrazo al llegar a Tarifa. No es que a mi edad ya no deba frecuentar estas compañías, o que en Europa no haya necesidad de monstruos; es más bien que un buen dragón debe quedarse siempre en la patera. Seguro que en la próxima travesía, hay alguien que le necesita.

Kabwe

Plácido Romero

El escultor Kabwe sólo necesitó mirar unos instantes el trozo de madera antes de comenzar a tallarlo. Estuvo trabajando todo el día en él. Al caer la noche había acabado. A la mañana siguiente, Nyumi, la esposa de Kabwe, cambió la figura de madera por un poco de mijo. Fue Tafika quien compró la estatua. Con ella hizo un presente a Misozi, el jefe de los chewa. Más tarde, Limpo, el hijo de Misozi, se la vendió a un soldado blanco a cambio de una botella de aguardiente.

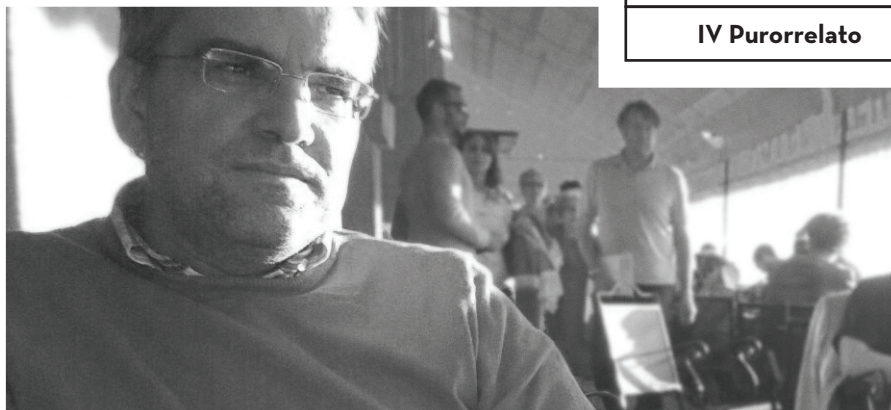
Frederick Dogson se la compró al soldado Andrews por trece cheques. Unos meses después la olvidó en un hotel de Dar-es-Salaam. Allí la encontró Marcel Giroux, que la guardó en el fondo de unas de sus maletas y no pensó más en ella.

No está claro cómo llegó la estatua de Kabwe a una tienda de curiosidades del Quartier Latin; quizá los herederos de Marcel Giroux la vendieron junto a todos sus muebles y libros. En aquella tienda, incluso cubierta de polvo como estaba, le llamó la atención a un artista bohemio, que la compró por dos francos. La llevó a su taller y la estuvo contemplando durante días. Finalmente la copió en un cuadro que le estaba costando terminar. La pintura, que tituló *Las señoritas de Aviñón*, acabó siendo comprada años después por un coleccionista que pagó por ella ciento cincuenta millones de dólares.

El escultor Kabwe, mientras tanto, ha comenzado a tallar otra figura de madera.

Tercer Premio

IV Purorelato



PLÁCIDO ROMERO

Lector compulsivo, llegó al microrrelato por casualidad, leyendo una antología donde se encontró a Marco Denevi, Ana María Shua, Enrique Anderson Imbert, René Avilés Fabila, Julio Torri, Max Aub, Jacques Sternberg... Con Marco Denevi aprendió a ver el lado

oculto de la historia. En los últimos años, ha ganado varios premios: el IV Certamen de Microrrelatos *La Risa de Bilbao* (2013), el IV Concurso de Microrrelatos *La Calle de Todos* (2014) y el II Concurso *Ávila Me Mata* (2015). Algunos de sus micros han sido leídos en los programas *La Rosa de los Vientos*, de Onda Cero; *Wonderland*, de Ràdio 4; *El Público*, de Canal Sur, y *Érase otra vez*, de Aragón Radio.

***Con Marco Denevi
aprendí a ver el lado
oculto de la historia***

Firma Invitada

Tanella Boni



Es una de las grandes plumas del continente africano. En su obra ha sabido plasmar con exquisita sencillez la situación que atraviesa su Costa de Marfil natal. Como investigadora, centra sus estudios en los derechos humanos, las artes y culturas, la

***Cada humano es centinela de su dignidad.
Es mi dignidad la que habla en mí***

diversidad cultural, la cuestión femenina y el género, las relaciones entre ética y política, así como el lugar de África en la universalización. En total, ha publicado una veintena de obras entre las cuales se encuentran *Chaque jour l'espérance* (2002); *Les baigneurs du lac rose* (2002); *Gorée île baobab* (2004) o *Los negros nunca irán al paraíso* (2010), publicada en la Colección de Literatura Casa África.

Géntu Ndaw

Tanella Boni

Un paño me sujeta en sus brazos
y mi cabeza mecida por la música de sus pasos
se posa suave en su pecho junto a su seno
acompañó a mi madre-coraje por los caminos que cruza

Cuánto tiempo pasamos juntas
Cuánto vale su inmenso amor
y el mío sin límites
Somos inseparables
desde la primera mañana del Mundo

El secreto que guardo en lo hondo de mis sueños
es el lazo que entretejemos día tras día
es el fuego que alimenta mi mirada
y la llama que incubo hasta el fin de los tiempos

Madre es mi luz y yo su razón de ser
Somos indisolubles como el sol y la luna
pero me falta paciencia y no asiento mi cabeza
Yo el primer paseante del mundo venidero

La trinchera

Iñigo Gómez García

Mis huesos retumban con el estruendo de las explosiones. Mis piernas, gélidas por el agua mugrienta, tiemblan sin control. Me apoyo en la pared de barro, madera y muertos mientras espero a que el silbato nos obligue a correr entre las bombas. El oficial pasa entre nosotros, sucio, cansado, intentando animarnos.

—¡Defended la patria! —exclama—. ¡Sed valientes y luchad por vuestro hogar!

El hogar. Lo recuerdo. Brota desde el fondo de mi memoria como si de un sueño se tratara. El sol, el mar, las olas chocando contra la arenosa costa de mi Senegal. Pero hace meses, años, siglos de aquello. Desde que una maldita corneta me obligó a romper con la rutina y dejar mi vida atrás. Primero, hacinado como ganado en un barco; luego, marchando hasta dejar de sentir los pies; ahora, tiritando, esperando a matar o ser matado.

El oficial dice que tenemos que luchar para que un tal Káiser no queme nuestras casas. Desconozco el porqué de tanto odio contra mi hogar. ¿A quién he insultado? ¿Qué habré hecho para merecer tal castigo? Las dudas se mezclan con el miedo y la rabia, pero las explosiones siguen atronando, nos rocían con lodo, agua y deshechos. Mientras, nos agolpamos los unos con los otros, intentando darnos calor y queriendo olvidar el miedo.

Los cañones callan. La orden de atacar llega. Todos nos aferramos, temerosos, a nuestras armas. El silbato suena; enfrente, la muerte espera.

Sueños de África

Marcelo Medone

Siempre quise conocer África. El África del Nilo, de las pirámides, de los faraones y de Cleopatra con Julio César, Marco Antonio y su áspid. El África de *La Peste* de Albert Camus. El África profunda del Congo, la de Joseph Conrad en su inquietante *El Corazón de las Tinieblas*. El África de las películas de aventuras de mis matinés de niño con Johnny Weissmuller jugando al héroe en *Tarzán* y en *Jim de la Selva*. El África de *National Geographic* de los leones del Serengueti, de los lémures de Madagascar, de los voraces tiburones blancos del Cabo de Buena Esperanza. Incluso el África por donde corría el rally París-Dakar antes de mudarse a Sudamérica.

El África negra, el África mítica, el África milenaria. El Sahara, Marruecos, Libia. Kenia y el monte Kilimanjaro. Los elefantes africanos y su fatídico marfil, las hienas y su macabra risa, las elegantes e improbables jirafas. Las montañas Virunga y los montes Ruwenzori con sus gorilas en la niebla de la indomable Dian Fossey. El valle del Rift, donde salió a la luz Lucy, nuestra madre ancestral.

Perderme en la selva y escaparme de los caníbales, que no sé si siguen existiendo.

Pero acá estoy, junto a otros indocumentados latinoamericanos, limpiando retretes en la *suite* estilo africano del hotel de cinco estrellas del Walt Disney Animal Kingdom Resort, en el corazón artificial de los Estados Unidos de América. La vida no es perfecta.

Una mujer, una playa

Inma Porcel

Algunos cuentan que soy una sirena. Es mentira. Sólo vengo a quitarme este olor a leche agria. Por la mañana unos hombres de blanco me recogen de la playa y me meten en una bolsa. Después me entierran. Pero cada noche vuelvo a bañarme, a quitarme este olor a niño muerto.

Propósitos

Externo

A un lado de la pizarra, enigmático, el mapa. Cada tarde a la misma hora, el maestro dispersa sin mucho entusiasmo la película de polvo que lo cubre con tal de explicar a su único pupilo quién es quién y adónde ubicarlo. El alumno asiente sin rechistar pero a la vez sin dejar de pensar en la curiosa forma de todo el conjunto, una enorme vasija que se va estrechando en su base y donde alguien hubiera ido dejando caer con descuido toda una gama de bultos (cada bulto un país) de tal manera que los primeros van siendo paulatinamente aplastados por los que van quedando encima y que, al contrario que aquellos, lucen unos contornos tan limpios y rectos como si los hubieran diseñado con una escuadra y cartabón.

Mientras el profesor echa mano de palabras sencillas e intercambiables para hacer comprender a su alumno el porqué y desde cuándo algunos vecinos de frontera no se llevan bien, al alumno le da por pensar en lo fácil que resulta caerse en estos mapas verticales, donde los únicos asideros son esas líneas artificiales que cuarteán todo el continente. A estas alturas ya empieza a preguntarse quien ha inventado un mundo donde es tan sencillo deslizarse hacia el sur y tan complicado ascender hacia el norte. Mientras asiente en todo a su maestro, se hace el firme propósito de darle la vuelta al mapa a la primera ocasión que se quede solo en clase.

La casa de Buyumbura

Jesús Miguel Valls López

No sé si fue el destino o la casualidad lo que hizo que nos encontráramos una tarde en una tienda de magia de Buyumbura. Ella quería comprar complementos para rituales y yo buscaba unas pociones mágicas que llevaran instrucciones de uso. Nos conocimos y en pocos días ya vivíamos juntos. Nos hicimos adictos a la magia negra y nos desenvolvíamos muy bien en las ceremonias de brujería.

La casa era grande, junto al lago Tanganica, pero llegó un día en que dejamos de hablarnos y apenas nos veíamos. A veces nos encontrábamos casualmente en algún lugar de la casa y hacíamos el amor. Pasado un tiempo noté que la piel de ella iba enrojeciendo día a día y su cuerpo emanaba un calor extraño, casi infernal cuando estaba cerca. Si la miraba a contraluz, distinguía unas diminutas llamas, azules que brotaban de su rojo pelo y cuando nos cruzábamos por la casa dejaba una estela de un humo blanco y casi invisible.

Un día le dije que dejara de sentarse en mi sofá porque dejaba una marca de ceniza chamuscada en el tapizado rojo. Pasados unos meses, encontré en el salón un montón de huesos y pelo rojo calcinados, junto a una urna que trajo de unas vacaciones en Transilvania. Preparé una pequeña ceremonia y dejé la urna con sus restos en la mesa del salón. Me senté en el sofá y esperé. Durante un tiempo los muebles olieron a ceniza y finalmente ardieron uno tras otro.

Historia de una Kora

David Buendía Sánchez

Acariciaba mi vientre de calabaza. Me dijo que a partir de entonces dejaba de ser griot. Apenas rozó una última vez todas mis cuerdas sin llegar a hacerme hablar. Dio la espalda al mostrador, guardó el dinero y se marchó musitando unas palabras.

A la mañana siguiente me colocaron una etiqueta y me pusieron en el escaparate al lado de otros guardianes de músicas y diversos artilugios. Las primeras semanas llamaba la atención de algunos paseantes locales y de paisanos sorprendidos al verme. Más de uno entró interesado en toquetearme sin saber muy bien lo que hacía.

Hasta que en la tercera rebaja un joven músico local decidió comprarme. Pronto formamos un trío de fusión junto a un violonchelo y un saxofón. Aunque la inspiración no estuvo de nuestro lado, volví a disfrutar como en los mejores tiempos. Las precariedades del músico fueron a ponerme a prueba en los pasillos del metro. La oferta de un decorador de interiores que pasaba por allí me llevó al renovado salón de un ricachón. Los niños y el gato persa han hecho el resto. He terminado a los pies del contenedor de basura. Parece acercarse un paisano chatarrero. Nos cuesta reconocernos. Me dice lo mismo que susurró entonces, que no me preocupe. Ya podemos volver a casa, ya tiene nuevas historias que contar. Quiero decirle que yo también tengo mi historia. Pero esperaré a poder hacerla sonar algún día a través de sus dedos.

Historias trenzadas

Angeles del Blanco Tejerina

África sorprende y emociona. Mi cámara y corazón lo comprobaron en una choza masai. Una anciana con voz y color de barro rescataba historias de su memoria. Al lado una niña tejía pulseras, collares y tapices, rodeada de cuencos, llenos de cuentas multicolores. Elegía bolas del color exacto. Amarillas y naranjas cuando en la historia calentaba el sol del desierto, las engarzaba con marrón dátíl y verde oasis. Los silencios y el marfil eran bolas blancas. Sus dedos reproducían fielmente el relato de su abuela uniendo hilos y cuentas. Vivían de ello. Pedí una pulsera. La mujer me observó. Luego narró la historia del león y el pastor. Un animal demasiado joven y un hombre demasiado viejo se acechaban. La lanza y la garra se cruzaron en el aire. Los dos alcanzaron su objetivo. Murieron juntos, tiñendo la sabana de sangre. Las cuentas azul cielo se unían al verde pradera. El negro lanza y garra se trenzó con el sol amarillo, dando paso al rojo intenso, que remataba la joya. La voz y las manos terminaron a la vez. Entonces, la niña levantó la cabeza ofreciéndome la pulsera y la sonrisa. En el lugar de sus ojos había dos párpados cubriendo las cuencas vacías. Quedé inmóvil. La anciana habló a mi espalda. «Yo pongo los ojos y la memoria. Ella el tacto y los oídos. Las dos ponemos el corazón». Até su historia a mi muñeca. Apagué la cámara. Encendí mis sentidos. Redescubrí África.

Ofrezcan pruebas

Román Ignacio Ksybala

Se levantó de mal humor, y caminó hacia el baño meneando la cabeza incrédulo. Alienígenas... Lo único que le faltaba, que unas voces en el cerebro le anunciaran que eran alienígenas, y demandaran su atención. ¿Qué clase de broma estúpida era esa...? ¿Y cómo diablos se las había ingeniado alguien para llegar a su subconsciente en sueños? ¿Qué había, un transmisor oculto?

—Si quieren que les preste atención, ofrezcan pruebas —murmuró para sí mismo indignado, mientras se cepillaba los dientes.

Esa mañana ingresó al Museo de El Cairo, todavía malhumorado, cuando uno de sus ayudantes llegó corriendo, pálido y desenchajado.

—¡Sidi, sidi! ¡Las pirámides! ¡Las pirámides de Guiza!

—¿Qué ocurre...?

—¡Están invertidas! ¡Están cabeza abajo!

Firma Invitada

Gustau Nerín



Antropólogo especializado en historia colonial española, su tesis fue dirigida por el profesor Paul Preston. Ha sido profesor universitario en Bata (Guinea Ecuatorial) y Foz do Iguaçu (Brasil), y ha dirigido la colección de literatura africana *Étnicos del Bronce*.

La literatura: ascenso a las cimas y descenso a los infiernos

Desde hace 20 años realiza estudios sobre Guinea Ecuatorial, y ha sido consultor en numerosos proyectos de cooperación. Es autor de *Guinea Ecuatorial, historia en blanco y negro* (1998), *Un guardia civil en la selva* (2008), *Corisco y el estuario del Muni (1470-1931)* (2015) y *Traficants d'ànimes. Els negrers espanyols a la costa africana* (2015), entre otros libros sobre el continente africano.

Keza

Gustau Nerín

Me llamo Tomo Elono. Aunque me veáis así, soy el gran *nkukuma* de Nkolbisson, un pueblo cerca de Yaoundé, con una iglesia y veinte casas de ladrillo, una de ellas la *chefferie*, donde yo vivía como un alemán. Tuve siete esposas y cuarenta hijos. Y soy un fiel súbdito del Keza, el emperador de Kamerun y Alemania. Por eso, cuando los diablos ingleses y franceses le atacaron, envié a mis hijos a combatirlos. Siete no volvieron. Pero seguí siendo un fiel súbdito del Keza. Cuando los alemanes fueron derrotados, escapé con ellos y con mi familia a Bata, en la tierra de los españoles. Los españoles nos quitaron nuestros fusiles. Pero seguí siendo un fiel súbdito del Keza. En las playas de Bata nos dejaron tirados como perros y tres de mis esposas murieron de hambre. Pero seguí siendo un fiel súbdito del Keza. Los españoles y los alemanes obligaron a veinte de mis hijos y a tres de mis esposas a volver a Nkol Bisson y el nuevo *nkukuma* nombrado por los franceses tomó mis esposas. Pero yo seguí siendo un fiel súbdito del Keza. Los españoles nos metieron en un barco y nos llevaron, con los alemanes, a Nanfú, Fernando Poo, para encerrarnos en campos. Pero yo seguí siendo un fiel súbdito del Keza. Hoy, los alemanes se van hacia España en un barco y me dejan encerrado en Nanfú, con una sola esposa y muy lejos de mi querido Nkol Bisson. Y ya no sé si seguir siendo un fiel súbdito del Keza.

Marrakech a la carta

Luífer Rodríguez

Las noches que Juan Domingo «el Claca» salía del restaurante marroquí «La Jaima» se sentía el hombre más satisfecho del mundo. No paraba de repetirle a Catalina «la Cilantros», su mujer, las bondades de aquella gastronomía que, aunque acabara de descubrirla, parecía que llevaba toda la vida buscándola. Siempre fue un remolón «el Claca» para las comidas raras: «¡Como la enyesquería canaria, no hay nada!», solía comentar. Pero, ¿quién le iba a decir que una vez jubilado iba a atreverse a experimentar con esas cosas?

Y así fue. Cuando aquel hombre entró por primera vez en «La Jaima», el ambiente, la música, los colores, los aromas, lo transportaron instantáneamente a cualquiera de aquellos zocos que llenaban de vida Marrakech y que tantas veces había visitado desde el sofá de su casa en alguno de los canales de viajes que tanto le gustaba ver. Se convirtió en hábito darse una vuelta por allí, una vez al mes mínimo, y deleitarse con una velada de aroma a naranjos y a tayín, a ilusión y a evasión, a Marrakech a la carta. «La Cilantros» lo escuchaba, asentía resignada y seguía caminando. A ella también le ilusionaba viajar con él, pero vivía el viaje de otra manera. Se agarraba a su brazo, y mientras caminaban rumbo a casa juntos, sonreía feliz.

—¡Ay, dios mío, la pastela, Catalina! ¡La pastela! —repetía «el Claca» sin parar.

Las visitas

Beatriz Chiabrera de Marchisone

Tenía a su hijo en brazos. Le encantaba hacer lo mismo todas las mañanas, acariciarlo pegado a su pecho sintiendo el calor de su cuerpito frágil. Podía escuchar el palpar de su corazoncito sereno, rebotando como tambores lejanos que le recordaban a su África natal. Cuando podía, cerraba los ojos y tenía mágicamente la imagen de aquellos paisajes que no volvería a ver, en esos tiempos cuando era libre y podía disponer de los espacios que quisiera. Ya sabía que el pequeño se sobresaltaría demasiado ni bien llegaran las visitas diarias y rompieran con esa limitada intimidad que volverían a tener solo al final de la tarde, cuando cayera el sol. Por eso quería disfrutar el momento al máximo. Pero ya era la hora. Para los recién llegados sería como un *show*, un espectáculo exótico y atractivo por el que habían pagado unos billetes para encontrar diversión. Pero para ella y su hijo, no. Ya habían abierto las puertas de ingreso al parque y los niños, ansiosos y alborotados, ruidosos e incontrolables, con sus bolsas de comida comprada y sus máquinas de foto digitales serían los primeros en acercarse a la jaula.

—Tranquilo, hijo, no pasa nada. Ya se irán.

Trasatlántico

Carla Rivero Pérez

Cada noche bajaba a colocar un coral más. Una senda que iluminaba bajo las aguas un camino de conchas que se perdía entre fosas oceánicas y dorsales que intentaban lanzarlo a la otra orilla. Llevaba consigo una antorcha que protegía con su camisa cuando se hundía en la negrura, y buscaba el siguiente recodo consultando a las estrellas cuál sería el mejor paso para acortar la espera. A la noche aguardaba, sin ser visto, en silencio y tapándose la boca con las manos para no ahogarse en la venida de una corriente que intentara empujarlo para atrás.

Consultaba su destino en la arena que se escapa entre sus dedos, y por fin salía, cogía una linterna y hacía luces hacia la otra costa: «Queda menos, ya son solo doscientos días los que nos separan», le susurraba a su amada, que le contestaba desde la costa de Fuerteventura: «Nos encontraremos en cien».

Incapaz de aguantar más había empezado a dibujar su propio túnel oceánico con estrellas de mar.

La revelación

Raúl Clavero Blázquez

Doscientos años antes de que Isaac Newton la formulara, un suajili anónimo consiguió resolver la ley de gravitación universal. Lo hizo de pronto, tumbado bajo un árbol, al sentir un impacto repentino sobre su cabeza. No sobrevivió, sin embargo, para contarlo. Por desgracia, en aquella pequeña isla del África tropical solo había cocoteros.

Las palabras pendientes

Raúl Clavero Blázquez

Después de cenar, con una copa de vino entre sus manos, nuestro abuelo nos relataba alguna anécdota de los viajes que hizo por África en su juventud. Se sentaba en su mecedora y hablaba y hablaba, hasta que nos quedábamos dormidos.

Ahora que ya no está, bajamos cada noche a su bodega, y durante unos minutos tratamos de adivinar en cuál de las botellas se esconden todas las historias que no nos llegó a contar.

Muñeco

Greta Frankenfeld

Cyprien une unas cuantas ramitas secas y las ata con una hebra vegetal.

Coge otro manojo. Lo ata al primero, formando una equis. Coge un mango y con una piedra afilada talla sobre la piel dos círculos, una raya vertical y una curva ascendente. Coloca el mango en uno de los ángulos rectos formados por la equis. Lo fija con otra ramita. No tiene pelo, ni dientes, ni dedos, pero es un muñeco.

Lo acuna entre sus brazos. Lo acaricia con sus manos rugosas y surcadas de venas.

Cyprien acuna el muñeco como nunca lo hizo con su hijo, que salió de casa hace tres años camino del mar.

Ojalá pronto lleguen noticias.

Siempre estoy en casa

Javier Montes Maury

Envuelto en azul celeste caminaba junto a sus camellos, días sin oír una voz humana. Al divisar una pequeña ciudad dudó si bordearla. Se decidió a pasar por el mercado para comprar aceite y algo de carne con las monedas que sacaría al vender la leche de las camellas. Tanto ruido le agotó. Confesó al carnicero su cansancio. Este, compadecido, le deseó que llegara pronto a casa. Se sonrió diciendo en voz queda: «yo siempre estoy en casa».

Puente de Calima

Jorge Halaby Ascaso

Cuando el siroco les vuelva a visitar, procederán con el mismo ritual. Desnudos, permanecerán inmóviles hasta perder la noción del tiempo y del espacio.

Una fina capa del polvo habrá envuelto por completo sus cuerpos y será entonces cuando sientan el calor del abrazo de sus ancestros; aquellos que muchos años atrás, sin saber cómo, llegaron desde el continente a esta tierra. El vínculo quedará así en la memoria hasta la llegada del próximo siroco.

Cada vez que la calima regrese, con su aire cálido y aplomado, y me traiga al consciente el lugar geográfico en el que habito, cerraré los ojos y me dejaré acompañar por las mismas sensaciones de quienes habitaron estas islas durante siglos, y durante siglos fueron posteriormente ignorados; aquellos a los que perdimos la pista por la divina gracia del sometimiento; aquellos cuyos espíritus recupero desde el pasado lejano, uno a uno, entre las tinieblas del olvido.

Firma Invitada

Véronique Tadjo



Nació en París en 1955 pero creció en Abiyán (Costa de Marfil). Hija de un alto funcionario de origen marfileño y de una madre pintora y escultora, vivió una infancia marcada por los viajes. Estudió Literatura en la Universidad de Abiyán y completó su formación en La Sorbona (París).

Escribir es portar una nueva mirada al mundo sin desvirtuar la realidad

Actualmente es profesora en la Universidad de Witwatersrand en Johannesburgo. En 1984, Tadjo publicó su primera obra, un libro de poemas. Siguieron varias novelas: *Le Royaume aveugle* (1991), *A vol d'oiseau* (1992) y *Champs de bataille et d'amour* (1999). En 2005 recibió el Gran Premio Literario de África Negra.

Abiyán

Véronique Tadjo

Hacía calor en aquel popular barrio de Abiyán. La sed era obsesionante. Las niñas vendían agua en pequeñas bolsas de plástico. Los vendedores de paños, telas en equilibrio sobre sus cabezas, agudizaban el deseo de las mujeres. Algunos enamorados en busca de regalos comprobaban discretamente los precios. Los taxis circulaban tocando el claxon. Sobre la carretera principal, en lo alto de la colina, autobuses atestados rugían como felinos amenazantes, forzando a los otros vehículos a cederles el paso. Los grandes árboles sabían formar pasillos sombreados y perfumados. Frutas jugosas, glotonería de los niños. Los hibiscos se ofrecían en un gran abandono al sexo plantado en su cáliz. Ni siquiera los muros llegaban a separar los seres. Los sonidos, las voces daban un sabor dulce-salado a la vida, con la sensación de que la soledad no existía. El exilio era una idea descabellada y no todavía esta herida en el costado.

Los extranjeros llegaban desde lejos para instalarse en la capital. Hasta decíamos que tenía demasiados cortesanos. La laguna, collar resplandeciente, la hacía bella y atractiva. Por encima de la meseta, cientos de murciélagos invadían el cielo cuando caía la noche, como bancos de peces en el mar. Sus alas rompían el silencio de la noche para dar paso a sus gritos de bestias ciegas. Nadie sabía entonces que era posible hacer sufrir a una ciudad. Nadie sabía todavía que Abiyán sería un día desfigurada por la guerra. La tormenta había invertido años en prepararse, pero cuando estalla, ya nada se le resiste. La ciudad tose, eructa y vomita su bilis.

¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto tiempo habrá que esperar para que la ciudad vuelva a sonreír? ¿Cuándo volverá a ser cariñosa, acogedora y generosa? Como antes.

Ofrendas

Yolanda Nava Miguélez

En la sabana reinaba una quietud extraña. En lo alto de una cima los animales imploraban al dios de la lluvia.

—Te daré el dibujo de mi piel —susurró el leopardo.

—Te ofrezco mis rugidos —dijo un vacilante león, que no deseaba renunciar a lo que ofrecía.

—Mi esbelto cuello puedes acortar —murmuró la jirafa, mirando al cielo.

Pero solo el plumizo sol parecía escuchar.

Cabizbajos, iniciaron el descenso hacia la llanura.

De pronto, una sensación casi olvidada paralizó sus pasos, la lluvia les regaló —generosa— su caricia anhelada.

El león quiso rugir de alegría, mas de su garganta no salió sonido alguno; el leopardo quería ver el bello dibujo de sus motas oscuras sobre su piel mojada, pero en su lugar solo encontró un brillante pelaje monocromo; la jirafa, estupefacta, observó cómo las copas de los árboles se alejaban de ella.

Anansi, el buen dios, atendió diligente sus ruegos.

Los hijos de las nubes

María Esther Guzmán Mariscal

Para alguien que no está familiarizado con la idea de la hamada se diría que es algo así como el infierno. Por algo sentencia una antigua maldición árabe «que Alá te envíe a la hamada», por tratarse del medio más agreste del desierto que no alberga ninguna posibilidad de vida estable.

No hay oasis, ni dunas de arena, solo tierra y piedras que absorben e irradian con mucho más potencia el calor del sol. A bordo del todoterreno, el conductor, vestido con el típico *draâ* saharauí, se interna en la densa oscuridad de la hamada. Allí surge la sospecha de ir hacia ninguna parte, porque ante los faros del vehículo no hay señal alguna que sirva como guía, excepto las huellas de otros neumáticos que se entrecruzan sin sentido.

Pero los habitantes del desierto conocen palmo a palmo sus dominios, es una capacidad milenaria de las generaciones que han nacido en estas tierras. Fue interpretando las nubes que las tribus saharianas aprendieron a descifrar las señales en busca de pastos y humedad para los rebaños, por ese motivo los saharauis son llamados «Hijos de las Nubes».

Aún en hamada argelina, donde permanecen en el exilio forzado desde hace décadas, las tribus nómadas pertenecientes al Sáhara Occidental mantienen la agudeza de su orientación. Sin lugar a dudas, en medio de aquella noche profunda, aunque sin nubes, llegaríamos a nuestro destino.

Wangari Maathai

Alex Prats Enriquez

Extenuada, Wangari dio los pocos más de veinte pasos que le faltaban para llegar al punto más alto de la montaña. «Niko hapa», se dijo orgullosa agujereando el silencio estremecedor que rodeaba la cima.

Levantó la vista y no hizo falta que buscara palabras para describir lo que solo puede ser vivido. Se dejó llevar. A sus pies quedaba Nanyuki, y más allá —le pareció que podía tocarlas— las montañas verdes, tupidas, de Aberdares.

Estaba sola, pero era una soledad extraña, irreal. Sintió que toda su infancia le acompañaba, todo el dolor y todos sus sueños. Las preguntas que desde niña le golpeaban en la cabeza bailaban ahora a su alrededor; ya no eran Wangari, sino una especie de ente que parecía haber tomado cuerpo fuera de ella.

Fue entonces cuando, vacía de sí misma, encontró las respuestas que hasta ese día ni tan solo había intuido. Fue allí, subida a los hombros de todos sus conciudadanos, cuando comprendió que los árboles que ahora le saludaban arrodillados eran el ejército al que debería servir durante el resto de sus días; y la tierra roja, el alimento necesario para sostener el esfuerzo.

Dos horas más tarde, cuando descendía por la ladera sur del monte Kenia, Wangari Maathai era ya una mujer poderosa. En la cima quedaba su piel antigua. Al caminar, una brisa suave le impregnaba de la determinación y el deseo que solo poseen quienes están llamadas a romper las cadenas.

La gente del Mundo

Nádia Cristina da Fonseca da Graça

Existe gente que quiere que la gente del Mundo sea igual en todo el mundo. Lo que esa gente no sabe es que no es muy difícil ser igual que otra gente. Lo difícil es ser distinto. ¡Es dar voz a tu diferencia en un Mundo donde todos quieren ser iguales! Es como ser África cuando todo el Mundo quiere ser Europa.

Crespos

Cataburne

Apenas Allan Moon puso pie en Cartagena, vio a una muchacha correr por la playa. Su pelo se bamboleaba con cada tranco: una melena altiva, espumosa, con vida propia.

La siguió con su mirada hasta donde pudo y no dejó de pensar en ella hasta que volvió a verla, días después, desde el balcón del hostal. Esta vez no dudó y salió desesperado para pedirle que le deje tocar su cabello.

Sintió enloquecer con el cosquilleo bajo su mano.

Nunca más volvió a Europa, se quedó para siempre en el Caribe, prendado por los crespos de su negra adorada.

Llamadas

Rodrigo Santodomingo Costa

Temeroso de la soledad que le esperaba al volver a casa, Raúl Ochoa decidió no acogerse a la jornada continua que, a partir del 1 de julio, disfrutarían todos sus compañeros de oficina. Por las tardes, solo rompían el silencio las llamadas que sonaban con una extraña regularidad. A él nunca le llamaba nadie; ni siquiera tenía teléfono: su compañero Felipe le permitía dar su extensión a los familiares más cercanos para imprevistos. Un día decidió descolgar uno de los aparatos diseminados por la oficina.

«Quería hablar con..., por favor», dijo una voz al otro lado. «Sí, soy yo», respondió Raúl. Esa respuesta fue la primera de otras muchas idénticas. A veces le descubrían al instante, ya que el interlocutor conocía la voz de la persona con la que quería hablar. Pero con frecuencia, los que llamaban eran lejanos proveedores guineanos que contactaban con la empresa por primera o segunda vez. Con ellos mantenía disparatadas conversaciones de engaño. Al poco, claro, corrió la voz sobre lo que estaba haciendo Raúl. Sin embargo, este siempre lo negó, y llegó a inventar sofisticadas historias, por ejemplo, inspiradas en un supuesto desvío masivo de llamadas en oficinas de la zona norte.

Una tarde sonó el teléfono de Felipe. «Quería hablar con Raúl Ochoa, por favor», se oyó en el auricular. No conocía la voz. «El señor Ochoa ya no trabaja aquí», respondió sin dudarlo.

Un jeque matemático

Gabriel Moncada Belisario

Un jeque del antiguo reino de Drez no supo la solución correcta al problema matemático necesario para ganar la guerra. Los caballos enemigos cercaron el castillo. Rápidamente, se disfrazó de Reina y se entrega como recompensa, pidiendo clemencia por su pueblo. Ellos, sorprendentemente, aceptaron la oferta. A la noche siguiente, mata al Rey enemigo y huye a África.

Por su gallardía y precisión, a él se le denominó como el Jeque Matemático o, por el uso continuo de la expresión, como «jaque mate».

Estúpido *Dumb*

Anthony Abiodun

Gotas de sudor caían por la cara de Ben. Nadie necesitaba decirle que ese no era lugar para trajes gruesos. Se quitó el traje y por fin un poco de aire fresco alivió sus húmedas axilas.

Una cara negra que llevaba una tarjeta con su nombre le dio la bienvenida, sonriente. Ben se las arregló para devolver la sonrisa.

Ben señaló su equipaje y después el maletero del coche. Su gesto lo dijo todo. El taxista colocó el equipaje en el maletero y permitió que Ben se acomodara en el vehículo. La compañía ya le había pagado para que llevara a Ben a su hospedaje. Ben se había perdido en sus pensamientos. ¿Cómo iba a ganar suficiente dinero para dejar este lugar infernal?

El viaje estuvo plagado de tráfico. Ben empezó a sudar. La confusión contrajo su rostro como las arrugas. Necesitaba comunicarse con el conductor. «Este hombre no puede hablar en inglés», concluyó. Ben le tocó y después señaló el salpicadero. El conductor asintió con la cabeza, y después encendió la radio.

«¡Nooo!», gruñó Ben. Después consultó el traductor de Google. «Jowo tan AA yen. Ba gane fa». El taxista expresó su incapacidad para entenderle. Cuando Ben empezó a abanicarse con un papel, el taxista subió los cristales de las ventanas y encendió el aire acondicionado. Su soplo aliviador durmió a Ben durante el resto del viaje.

«Espero que hayas disfrutado de tu viaje.

La próxima vez, no asumas que no entendemos tu idioma.

Por cierto, no soy yoruba, soy hausa».

Ben sacudió sus orejas. No había sido el taxista el que acababa de hablar inglés, ¿verdad?

Beads of sweat rolled down Ben's face. No one needed to tell him this was no zone for thick suits. He pulled off his suit and some fresh air comforted his damp armpits.

A black face carrying a name card gave him a welcome smile. Ben managed to return the smile.

Ben pointed to his luggage and then the trunk of the car. His gesture spoke the words. The taxi man put the luggage in the truck and allowed Ben settle into the comfy of the cab. The company already paid him to take Ben to his lodge. Ben was lost in the thought of how he was going to make enough money and leave this hell of a place.

The journey was plagued by traffic. Ben began to sweat. Confusion cramped his face like wrinkles. He needed to communicate with the driver. This man can't speak in English, he concluded. Ben touched him and then pointed to the dashboard. The driver nodded and turned on the radio.

"Nooo!" Ben grunted. He consulted Google translate.

"Jowo tan AC yen"

"Ba gane fa" the driver expressed his inability to understand him.

When Ben began to fan himself with a paper, the driver rolled up the glasses and turned on the AC. It blew relief that sent Ben to sleep for the rest of the journey.

"I hope you enjoyed your ride.

Next time, don't assume we don't understand your language.

By the way, I'm not a Yoruba, I'm a Hausa man."

Ben twitched his ears. It wasn't the driver that just spoke in English, was he?

X

Francisco Espejo Hava

Me detuve y... ahí estaba, como un anuncio de algo blanco, sus ojos y sus dientes sobre la cara oscura, y una expresión de inexplicable felicidad. Quizás por eso bajé la ventanilla.

No soy proclive a comprar pañuelos en los semáforos, pienso que esa limosna encubierta no es solución para nada. Seguro que es verdad, pero también que quienes compran tienen al menos ese gesto. Aunque sea poco útil, es más de lo que yo hago.

Lo cierto es que saqué una moneda del bolsillo para ponerla en la palma abierta de su mano, mientras tomaba el paquete que me ofrecía. Pero en ese momento algo extraño afectó a las rutas cuánticas del espacio-tiempo: el rayo cayó un poco más cerca, la ola se formó unos metros antes y alcanzó mayor velocidad, la patera giró algo menos y se enfrentó a la ola con un ángulo distinto.

El joven negro desapareció de pronto. La moneda cayó al asfalto con un sonido apagado, que a mí me pareció un estrépito. Me sentí absurdo, inconsistente, como el texto de una página que arde, o la voluta de humo que produce y que el aire disipa enseguida.

Nadie se dio cuenta de nada. Yo ni pensé en recoger la moneda, óbolo ya inútil, aunque quizás también lo habría sido en la mano del muchacho hipotético, aquel ser cuya vida aleatoria tan poco había importado al resto del planeta.

Firma Invitada

Javier González García-Mamely



Doctor en Filología Moderna y profesor de la ULPGC, inició sus labores artísticas a través de la pintura, la fotografía y la poesía concreta. Dedicado a la enseñanza, se involucró en la publicación de colaboraciones académicas, poco relacionadas con su actividad literaria anterior. Tras algunos viajes por el continente cercano fue reconduciendo su vocación, especializándose

La literatura me permite abalizar ideas y sentimientos para elaborar cartografías que enriquecen el mapa original

en las literaturas africanas en lengua inglesa. Los valores intrínsecos descubiertos en ellas, el respeto y cariño a la audiencia o la humanidad que transpiran le han hecho retornar al aprecio por la inmensidad contenida en un simple cuento y el torrente de emociones y pensamientos que conlleva. Nada mejor que descubrirlos entre las decenas de microrrelatos analizados como miembro del jurado de *Purorrelato*.

Mr. Hausa

Javier González García-Mamely

Era cocinero de un destartalado hotelucho en un inhóspito lugar del desierto libio. Cuando me metí en su cocina a prepararme una tortilla de papas, estaba oyendo la radio en el quicio de la puerta, buscando emisoras entre chirridos y pitidos de la onda corta. Se interesaba por la crisis mundial del petróleo y la inflación europea, aunque sólo había recorrido medio África en una peregrinación laboral sin fin. Tenía una impecable filosofía de la vida, pero haber nacido pobre en un pobre país le había condenado a padecer más que a disfrutar, a carecer más que a poseer. Y, aún así, era inmensamente feliz. Entablamos una larga conversación que empezó con la literatura, continuó con la ineficacia de los líderes africanos, entró de lleno en sus tribulaciones y derivó al concepto de la vida, a la amistad sin barreras, y al desierto. Me aseguró que no olvidaría nuestra conversación y que se la contaría a su familia cuandoquiera que volviese a casa. Y que esperaba que yo tampoco la olvidara.

Aquí está, muchos años después.

Valor

Alberto Puyana

Como si fuese un vulgar ladrón, me arrastré sigiloso sobre la panza, moviéndome con lentitud, intentando no llamar la atención de la dueña de aquella casa junto al zoco de Tánger que, distraída, se afanaba en fregar el suelo del cuarto de invitados, mientras canturreaba entre dientes viejas canciones de sus ancestros norteafricanos. El hambre me atenazaba el sentido común, y preferí correr el riesgo, a plena luz del día, si el premio era algo de comida para todos los míos. Estaba seguro de que allí las cosas serían más fáciles de conseguir que en Europa.

Mientras me deslizaba en silencio por el suelo, no dejaba de observar a lo lejos el movimiento hipnótico del mocho de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, a la vez que el gres se humedecía dejando el ambiente impregnado de un agradable aroma a pino...

La llamada asustada de mi madre y mis hermanas, a las que había dejado atrás en mi apresurada aventura dentro de aquella casa, me devolvió a la realidad justo en el instante en que la señora levantaba la fregona, esgrimiéndola como si fuese una maza, tratando de golpear-me con ella hasta en tres ocasiones. Escapé por muy poco.

Ventajas de ser cucaracha y correr a seis patas.

Eterna juerga

Luciana Ceretti

La madre del difunto barrió el patio de la vecindad, desempolvó las alfombras de mimbre que habían acogido a las almas en pena y las colocó a la sombra del árbol de mango, imponente anfitrión de la ceremonia. Descolgó una por una las fotos de su hijo que habían adornado el ritual y las llevó instintivamente hacia su pecho, procurando calmar el dolor. Tres días había durado el funeral. Tres días de llantos, cantos, bailes y declamaciones. «Hay un solo nombre y es el tuyo», habían gritado durante la procesión por las calles de aquel pueblo del sur de Chad.

Pasados los días, por primera vez desde la desgracia, la madre se animó a ir al mercado. Sentada sobre su montoncito de papas, la vendedora llenaba distraídamente la bolsa de la madre cuando de repente se detuvo y preguntó:

—¿Cuántos hijos tenés?

—Cuatro. Tres vivos y uno muerto —respondió la madre.

—Tomá dos más para el difunto —contestó la vendedora tendiéndole el bulto.

Esa noche el muerto comió y bebió con los suyos. Esa noche y los demás días y las demás noches, el muerto no tuvo descanso. Seguía jugando en la liga de fútbol del pueblo y continuaba moldeando tan prolijamente el ébano para armarios, mesas y sillas. La madre traía a la vida a su hijo difunto una y otra vez. No sabiendo hablar de él en pasado, solo lo mencionaba en presente.

A África

Juan Romero

—Añoro volver —dijo el hombre cuando reconoció en sí mismo la historia.

La danza

Lucila Adela Guzmán

Los bailarines, sostenidos desde sus ombligos, danzaban atravesando el espacio. El estudio de danza ubicado en las afueras de Madrid era soleado y luminoso y yo descansaba jadeando por el último esfuerzo realizado. De pronto el *djembe* dejó de mostrar los desatinos de mis compañeros y señaló una pausa. La voz gruesa del profesor Jabulani marcó las correcciones y nos animó a desatar nuestros cuerpos y trascender más allá de la forma.

Llegó mi turno. Los alumnos pasábamos de a dos para que la falta de espacio no fuese excusa.

Los tambores bombeaban desenfreno y la falta de aire trajo la felicidad del que baila con otro oxígeno. Y apareció la jirafa. Ella elongaba su cuello con cara de no importarle nada. Sentado en una barra un gorila nos miraba con la autoridad del que sabe. El reflejo de un león rugía en el espejo y una anaconda se arrastraba lustrando el piso de madera. Me asusté.

—No se puede danzar en un cuerpo que duda, mucho menos en uno que se asusta —dijo el profesor mirando hacia mi alma arrepentida.

Mientras despejaba el espacio, que ahora se presentaba despojado y «normal», Jabulani, enorme y caoba, sonrió para sí. Con gesto travieso volvió a marcar los pasos de aquella danza ancestral. Un rayo de sol atravesó la ventana para encandilar a los otros e iluminar sus pies descalzos. La vegetación que brotaba desde el suelo parecía no molestarle para bailar.

Kariakoo

Antonio Picazo

A Kariakoo hay que entrar andando. Porque este mercado, bien cogido por el cuello por las calles Mkunguni y Tandamuti, es el hígado y la bilis de Dar es Salaam. Kariakoo siempre está en forma, por eso hay que entrar a pie, y eso que los microbuses de la ciudad no cesan de ir y venir, de pasar, de parar. El aspecto de Kariakoo no le gustaría ni siquiera al turista más despiadado. Es un lugar técnicamente feo, abigarrado, con un muy ordenado caos. Pero le sobra vida y vitalidad, pulsos y pulsaciones, Kariakoo es un corazón tanzano zumbando a toda leche. Aquí hay de todo: artículos de menaje, alimentación, ferretería, especias, herramientas, carbón vegetal, y si llueve, barro. Y si no llueve, pero también si llueve, siempre existe un atasco de tráfico, con los mismos coches de siempre, quizá con los mismos conductores de siempre. En Kariakoo viven atascados y atacados coches y conductores.

En Kariakoo, entre el calor y los cargadores de cargas imposibles, pasan o pasean gentes de todas las tanzanias, también mujeres musulmanas tapadas hasta las cejas, indios tristes, y, claro, chinos. Hay hoteles con muchos secretos en sus habitaciones, y con cicatrices, que son los cientos de cables que cruzan sus fachadas. Hay algún restaurante de mucho humo y mucho pollo frito, donde se sirven unas sabrosas empanadillas triangulares de carne. Y lo mejor, refrescos sorprendentemente helados.

El periplo de Samba *Le periple de Samba*

Mousse M. Yague

Samba nace y crece en un pueblo de pescadores junto al mar. Contemplaba las olas fluir y llevar sus sueños hacia cielos lejanos de prosperidad, durante años. Samba abandona el colegio occidental muy pronto para ayudar a su madre, Ouly, que vendía pescado en el mercado para alimentar a sus hijos. Samba pasaba la jornada en la orilla para ayudar a los piragüeros y conseguir pescado para su madre. Pero con dieciséis años había decidido embarcarse en una piragua que los pescadores utilizaban para el contrabando.

Con total discreción, Seydou le indica el lugar de embarque y las medidas a tomar. A las tres de la madrugada, en la oscuridad total, una centena, la mitad de los menores y dos mujeres en estado avanzado, se mezclan con otra no menos joven. El miedo invadía el rostro del chico cuando la piragua zarpa para remontar las olas. Hacía frío y tenían poca ropa para reducir la carga.

Samba soporta días estas condiciones. Pero a unos metros de la llegada, la piragua Vuelca y aquellos que no sabían nadar luchaban por salvarse. Samba traga mucha agua y pensó morir cuando una mano milagrosa lo sacó de las olas que se lo tragaban. Era Seydou, el patrón, que le dijo:

—Has llegado sano y salvo, Samba.

Y el chico le responde:

—Te debo la vida.

—No. Me debes 5.000 euros, Samba.

Samba naquit et grandit dans un village de pêcheurs le long de la mer. Il contemplait les vagues couler et charrier ses rêves vers des cieux lointains de prospérité, des années durant. Samba abandonna l'école occidentale très tôt pour aider sa mère Ouly qui vendait des poissons au marché pour alimenter ses enfants. Samba passait la journée à la berge pou aider les piroguiers et avoir quelques poissons pour sa mère. Mais à seize ans, il avait décidé de s'embarquer dans une pirogue que les pêcheurs utilisent pour la contrebande. Dans une totale discrétion, Seydou lui indiqua le lieu d'embarquement et les mesures à prendre. À trois heures du matin, dans l'obscurité totale, une centaine, la moitié des mineurs et deux femmes en état avancé, se mêlaient avec une autre non moins jeune. La peur envahissait le visage du garçon quand la pirogue démarra pour remonter les vagues. Il faisait froid et ils avaient peu de vêtements pour alléger le poids. Samba supporta des jours ces conditions. Mais à quelques mètres de l'arrivée, la pirogue Chavira et ceux qui ne savaient pas nager se débattaient pour se sauver. Samba avala beaucoup d'eau et pensait mourir quand une main miraculeuse le sortit des vagues qui l'avalaienit. C'était Seydou le paton qui lui dit:

— Tu es sauvé et arrivé, Samba.

Et le garçon lui répondit :

— Je te dois la vie.

— Non tu me dois 5.000 euros, Samba.

Piedad

Cataburne

Cuenta García Márquez que en los años mil setecientos, los pobres de Cartagena tenían una costumbre inteligente y bondadosa que desafiaba los designios de las autoridades políticas y religiosas: cuando alguien infortunadamente era infectado del mal de rabia, los familiares ponían veneno en su comida para evitar el horror de la larga agonía y la tristeza de una muerte indigna.

Una vez un negrito de cinco años fue mordido por un perro rabioso. Su familia afligida preparó la sopa mortal. Pero cuando llegó la hora, nadie tuvo corazón para envenenar al niño solo y todos comieron la merienda salvadora.

Firma Invitada

Juan Tomás Ávila Laurel



Es uno de los intelectuales ecuatoguineanos de mayor proyección internacional, considerado por muchos como el mejor de entre los escritores de su país que hasta el año 2011 no habían optado por el exilio. Ha ejercido como redactor jefe de las revistas *El Patio* y *Atanga* (Guinea Ecuatorial) entre 1999 y 2008. Desde 1999 es conferenciante

La literatura es mi tabla de supervivencia

invitado en numerosas instituciones, entre las que se encuentran las universidades de Missouri-Columbia y Hofstra (Estados Unidos), Murcia (España), Seúl (Corea del Sur) o Zúrich (Suiza). Algunas de sus obras destacadas son: *Guinea Ecuatorial. Vísceras* (2006) *Cuentos crudos* (2007), *Arde el monte de noche* (2008) o *Avión de ricos, ladrón de cerdos* (2008).

Ranas asadas

Juan Tomás Ávila Laurel

—Mira —y le enseñó una cajita que sacó del bolsillo.

—¿Quién te lo ha dado? —dijo Nguyen abriendo los ojos como si hubiera visto la novena maravilla del mundo.

—Es mío —dijo Mbutala Elvion, quien tenía el semblante entre serio y sorprendido, como si supiera que la posesión de aquel objeto tuviera serias implicaciones.

—¿Quién te lo ha dado?, ¿desde cuándo lo tienes? No puedo creer que estés en posesión de esto. ¿Y estás aquí, tirado en la carretera, con un objeto como este? No puedo creer que no estés haciendo un truco de magia.

—Nada de truco, es real, además de que sabes bien que no sé hacer trucos de magia.

—No lo puedo creer, y no creas que lo digo por capricho. ¿Ahora qué hacemos? Lo digo porque estando en posesión de esto, ya no eres un cualquiera. Ahora necesitas que te proteja el ejército. Ahora no creo que podamos seguir cazando víboras.

—No hables mucho de esto, Nguyen.

—¿Cómo quieres que me calle si estoy al lado de alguien que posee esto que tienes? ¿Cómo llegó a tus manos y desde cuándo lo tienes? ¿Por qué lo tenías callado? De hecho, dicen que esto solo lo tiene el cuñado del Sultán de Brunei.

Hacía calor, que se irradiaba del asfalto. Dos horas después, los dos amigos estaban tomando sendos helados en la fonda de Rebeca Duc, la única que tenía una nevera de petróleo. Cuando anochezca, pensarán con nostalgia en ranas asadas con picante.

Algo mejor

Ignacio Hormigo de la Puerta

Amanece y el cielo va tiñéndose de azul eléctrico. El frío de la madrugada se cuela por los agujeros de su jersey raído y le recuerda que está vivo. Como un equilibrista del desierto, Falah camina por la cresta de la duna. Tiene buen cuidado de no volver jamás la cabeza; sabe que, de hacerlo, corre el riesgo de no ser capaz de seguir adelante. Al hombro, una bolsa de lona con lo justo. En el bolsillo izquierdo, cuatro años de sacrificios, el dinero para cruzar el agua grande. En sus ojos de náufrago del mundo se mezclan la incertidumbre, el miedo y la esperanza. La pena la guarda algo más abajo, en algún lugar del pecho, enjaulada entre las costillas. No quisiera tener que marcharse, preferiría ser árbol y aferrarse a las nubes, beber por sus hojas de su savia de plomo, hundir sus raíces hasta el magma del mundo, dar generosos frutos ahora que tanto se necesitan. Es difícil, sin embargo, elegir cuando apenas se tienen dos manos vacías. Es difícil vivir. A lo lejos, en una aldea que va quedando cada vez más atrás, se oye ladrar un perro. Los niños deben estar a punto de despertarse.

Okavango

Noelia González Hermida

La planicie amarilla me engulle como una hoguera de pasto. La quietud...

El sol que abrasa y no da tregua mientras el aire seco ahoga. La naturaleza dormida calla, aguanta y... espera.

Y de repente todo es verde, todo se mueve, todo habla, todo sueña... El agua de la vida me devuelve a la existencia y dejo que me empuje hasta que todo se inunda. La tierra anegada comienza a cantar y su ruido ensordecedor me llena los oídos... y me despierta el hambre.

Y entonces acontece una explosión para los sentidos que me sobreexcita:

Las aves a mi alrededor cabriolan en el aire y se refrescan en profundos pozos húmedos que, hasta hace poco, no eran mas que acequias.

Las elefantas enseñan a sus crías el ciclo del universo para que memoricen coordenadas de supervivencia que les ayudarán cuando ellas ya no estén.

Los impalas se arremolinan junto a los hipopótamos y los cocodrilos a la orilla de las lagunas que acaban de formarse. Solo durante unos instantes fugaces, todos comparten la misma agua, todos beben de la misma vida.

Observo desde la distancia.

Pronto todo volverá a secarse.

Debo darme prisa.

Tengo hambre...

Firmado:

Un león

El niño que hablaba con los ojos

Manuel Arechavaleta Hernández

Kebba mira el mundo desde su aldea en algún lugar de África occidental. No habla y no lo ha hecho nunca en sus diez años de vida. Pero no lo necesita porque por suerte para él nació con la singular habilidad de expresarse con los ojos mejor que otros con las palabras. Con ellos es capaz de hablar, de gritar, de susurrar, de reír o de llorar. A pesar de su diferencia, Kebba nunca ha sido un marginado en la aldea. Al contrario, siempre fue acogido con cariño protector, especialmente por los niños, pues ya se sabe que la solidaridad colectiva es uno de esos valores perdidos en occidente que aún se conservan en muchas regiones de África.

Tanto es así que con el tiempo los otros niños del poblado aprendieron su lenguaje. Ya no solo entendían a Kebba, además se comunicaban con él. Poco a poco dejaron de lado las palabras y ahora ya no hablan entre ellos tampoco, solo se miran. Los diálogos han pasado a ser intercambios fugaces de miradas, siempre cristalinas, sinceras y escuetas, expresando solo sentimientos... ni más ni menos. Y así es todo más fácil. En su mundo sobran las palabras fútiles y las conversaciones banales y han desaparecido las pamplinas y la hipocresía. Han comprendido que no necesitan el idioma de los mayores para entenderse.

Con el tiempo los adultos de la aldea también aprenderán a usar el lenguaje de Kebba, pero sus miradas nunca serán tan transparentes.

Fortaleza

Luz Liliun

—¿Por qué estás triste, niño?

—Mi madre esta enferma, va a morir.

—No digas eso, aún queda esperanza.

—Eso a lo que llamáis esperanza cuesta mucho dinero... Yo solo puedo hacer más fuerte mi espíritu.

La mosca

Ahmed Abdelaziz Ahmed

Tu sonido me lleva a esas tardes de la infancia acostado al ras del suelo, observándote, dejándote que camines sobre mi piel, quieto y mudo para no espantarte, intentando interactuar contigo y entender tu forma de vida.

Compartí contigo mi trozo de pan sólido y rugoso. Fuiste conmigo a bulliciosos mercados impregnados de olor a pescado y fruta mal conservada. Saliste posada sobre mi boca en fotos de alguna ONG que pedía ayuda en mi nombre. ¡Ay, inocente de mí! Queriendo tu compañía sin saber que eres el símbolo de la pobreza por excelencia.

Estás en cualquier hogar africano posada sobre algún enfermo por tu culpa. Junto al llanto de algún recién nacido se escucha tu estridente zumbido y el lastimoso gemido de dolor de un anciano moribundo incapaz de ahuyentarte. Fiel mensajera de enfermedades y miserias. Tus patas se posan sobre sangre de guerras, esclavitud y dramas. Oportunista cobarde, te aprovechas del pobre, del enfermo, de una criatura indefensa y del moribundo. Tu zumbido es el primero que escucha un africano cuando nace y el último cuando muere.

Su luz en la noche oscura

Neus Manzanera Pérez de Tudela

«Entrez-vous, pour le plaisir des yeux!». Así reclamaban los comerciantes de Saint-Maur-des-Fossés la atención de sus escasos visitantes aquella noche, con la usual simpatía senegalesa, desde sus puestos de figuras en madera esculpidas in situ o de coloridos vestidos cosidos al momento en destartaladas máquinas.

Cuando ya había charlado con todos ellos y mirado y fotografiado cada rincón, me dirigí al coche. Estaba cerrado, mi familia seguía comprando y me apoyé en la puerta a esperar en la penumbra reinante fuera del mercado. Se acercó un niño de unos nueve años. Me dirigió unas palabras en wolof señalando algo en su mano. Después de averiguar que hablaba francés, me aproximé para ver qué me enseñaba. Era una máscara diminuta; las hacía su hermano mayor y él, al acabar sus tareas diarias, salía a venderlas. Se la compré sin regateo, otra cosa me hubiera parecido vergonzosa.

Tras el intercambio, no sé quién más contento de los dos, me preguntó si iba sola. Le expliqué que esperaba a mis amigos. Se quedó conmigo cogiéndome la mano, hasta que llegaron y él se marchó con un «au revoir, Madame!». Nunca olvidaré su cara mientras se alejaba caminando hacia atrás para no perderme de vista agitando su manita, aquella con la que me había protegido mientras yo esperaba en la oscuridad. Una oscuridad que, durante un instante precioso, aquel chiquillo iluminó con su gesto y su sonrisa.

Con cada paso nace un camino

Beatriz Rodríguez Ruano

Había un anciano en una pequeña aldea de África que, a pesar de haber perdido un pie cuando era soldado, se levantaba cada día para regar el único árbol que tenía en su huerto, un árbol que los demás aldeanos daban por muerto.

Pasaron los días y el árbol no daba señales de vida. Ni una rama más, ni una hoja, ni una flor, ni un fruto. Un joven, curioso, se acercó a la casa del anciano y le preguntó por qué seguía regando el árbol si no le daba ningún beneficio. Ante esta pregunta, el anciano respondió: «Que alguien esté herido no significa que haya muerto». El joven no entendió aquellas palabras y se fue.

Una mañana, el mismo joven volvió a la casa del anciano. Para su sorpresa, al árbol le había salido una hoja. El joven fue a buscar al anciano para darle la buena noticia. Pero en su casa no había nada. Todo había desaparecido. El joven se dio cuenta de que había unas huellas que conducían al árbol: las huellas de un pie derecho y un bastón.

No podía dejar el árbol así. Ahora que estaba floreciendo, sentía que era su tarea regarlo cada día. El anciano le había indicado el camino y él tenía que seguirlo. Así pues, el joven propuso a los demás aldeanos sembrar el huerto y cuidarlo. Estos aceptaron y así cultivaron todos juntos el huerto del anciano y cuidaron de su árbol como lo hacía él.

Y esta es la historia de cómo a partir de un pie nació un camino.

Perdona, ¿quieres tomarte un café conmigo?

Elena Navarro Asensio

Pienso en el viaje que han hecho las conchas de este collar que acabo de comprar. Son conchas normales y corrientes, como las que recogía en la playa de pequeña, pero el chico que me las ha vendido asegura que vienen de cerca de su poblado, en el corazón de África. Supongo que no es cierto... ¿o sí? Me gusta imaginar que sí. Me gusta imaginar a las mujeres hilvanándolas con esmero para que lleguen hasta él, y a tantos como él, para poder ganarse la vida. Me gusta imaginar que en mi cuello llevo un trocito de esas gentes, de esa cultura. Y me gusta imaginar qué les mandaría yo de aquí para que tuvieran también un pedazo de esta otra cara del mundo. Tantas cosas se me ocurren que empezaré por lo básico, por lo que muchas veces se nos olvida, por conocer las historias de verdad, de primera mano, contadas por las personas que las han vivido... Así que, antes de que se marche, ¿por qué no?

«Perdona, ¿quieres tomarte un café conmigo?»

Paradoja

Miriam De La Vega

Ni siquiera sabía la ubicación de Angola en el mapa, tuve que buscarlo en el viejo globo terráqueo de mi abuelo para saber que el país al que me enviaban estaba en África.

Al bajar del avión, la vi y de inmediato sentí una fuerte conexión con ella. Era enfermera y también estaba allí contra su voluntad, ambos habíamos sido enviados, como tantos otros, a participar en aquella guerra absurda, cuyo objetivo jamás entendimos.

Para mí hay un antes y un después de Angola. Allí conocí de cerca el peor rostro de la muerte, perdí muy buenos amigos y vi morir a muchos africanos, a quienes no conocía, pero que nunca me habían hecho daño y quizás en otras circunstancias hubieran sido mis amigos. Cuántas pérdidas imperdonables, todavía los fantasmas de aquella guerra me persiguen en las noches, cuántas vidas inocentes se perdieron de ambas partes, por culpa de un gobierno insensato. Pero tengo sentimientos encontrados con respecto a esa etapa, porque donde tantos otros encontraron la muerte, yo encontré el amor.

En el presente, cuando la veo acunando a nuestro pequeño nieto en sus tiernos brazos, agradezco al universo por haberla puesto en mi camino. Sé que, aunque hubiera sobrevivido a la guerra, no hubiera regresado realmente vivo de Angola; de no haber sido por ella, hubiera dejado mi alma allí. Solo por ella sentí deseos de continuar viviendo.

Renuncia

Francisco Aguirre González

Lo que le hizo tomar la decisión de no volver fue aquella insistencia de su madre. Nunca regresaría al pueblo que la vio nacer, ya no llevaría regalos al abuelo, ni visitaría a los tíos que decían quererla tanto, ni volvería a encontrarse con sus buenas amigas de la infancia. Quería mucho a la mujer que le dio la vida, pero no estaba dispuesta a ceder a sus presiones. Aún recordaba con terror la operación a la que fue sometida cuando solo tenía ocho años. Aquel día la engañaron con la promesa de regalos, le dijeron que pronto sería una mujer y que se casaría con un hombre rico. El recuerdo de aquel suplicio, de aquellas horas terribles, no se le había borrado con el paso de los años.

Sabía que iba a dolerle en el alma la decisión tomada, pero tenía que defender a su hija. Los tiempos habían cambiado, afortunadamente, para las dos. Aquella despedida de su familia, aquella ausencia definitiva de los paisajes que alimentaron su mirada inocente era dolorosa, pero había cosas más importantes en la vida que una difusa nostalgia.

Su entorno familiar, en la distancia, no había cambiado, pero ella sí. No estaba dispuesta a soportar en su carne renacida lo que unas costumbres ancestrales le habían impuesto veinte años atrás. Cuando fuera mayor, le explicaría a su hija por qué desde que cumplió los seis años no había vuelto a viajar al pueblo donde vivían sus abuelos en la lejana África.

Firma Invitada

Ángeles Jurado



Nació en Las Palmas de Gran Canaria y estudió Periodismo en Madrid. Trabaja en Casa África y escribe en publicaciones como *Planeta Futuro*, *África no es un país* y *Afribuku*. Ha publicado *Síndromes de Estocolmo*, una recopilación de columnas que aparecían en *La Tribuna de Canarias*; otra compilación de columnas periodísticas en *Canarias 7* y que se titularon genéricamente *Salvapantallas*; la colección

La literatura es un lujo. Como diría Teju Cole, nos concede consuelo y compañía

de microrrelatos *Cambio de rumbo* y otras historias pimeas, y el volumen de relato breve *Breviario de lametones, mordiscos y besos*. También ha participado en varias colecciones de relato breve y microrrelato, como en las tres primeras ediciones de *Purorrelato*, y ha recibido varios premios por textos cortos.

Amor a distancia

Ángeles Jurado

Sus mensajes se espaciaban a veces.

Los demoraba el repentino zarpazo de un brote de malaria o de cólera. O el tirabuzón temerario de un *gbaka*, levitando en la nube de polución pesada que circundaba la ciudad para destriparse contra el asfalto con el estrépito de mil vidrios rotos. O un nuevo apagón que sumergía el perfil de Plateau en una poza de negritud sin tregua.

Sin embargo, siempre volvían a iluminar la pantalla de su móvil, retomando una conversación transoceánica inconclusa.

«Te echo de menos, deh», lanzaba a mitad de la noche. Y adjuntaba una foto de su rostro demacrado y ansioso, los labios cuarteados, la mirada grave, sacando apenas los hombros de una fiebre tifoidea, una huelga estudiantil o un corte eléctrico que opositaba a eterno.

Nosotros, los salvajes

Carlota Fluxá

El día en que se llevaron al Africano, no hicimos nada. Él no era como los demás. No vendía nada. Solo regalaba historias. Las que me contaba a mí eran de aventuras, carreras polvorientas y leones con hambre voraz. Mi favorita era la de un niño que pierde a su familia y lo obligan a hacerse soldado pero luego consigue huir. Nunca me he preguntado si esa se la habría inventado o no.

Cuando vino la policía, estábamos los de siempre jugando al fútbol en la plaza. Todos nos acercamos al banco del Africano para mirar cómo lo esposaban y lo metían en el coche patrulla. Después nadie dijo nada y nos fuimos a casa porque era la hora de merendar.

De camino, me acerqué al banco, pensando que ojalá el Africano no me hubiese visto. No quería que supiese que yo también era un cobarde.

En el suelo solo encontré tres lágrimas, una para cada una de las princesas que decía haber dejado en su país. Las recogí con cuidado para no reventarlas, pensando dónde podría guardarlas. Brillaban como unos diamantes o estrellas de la noche en la sabana. Giraban derrotadas en mi palma sin un rostro por el que correr. Al final se me cansó la mano y las apreté violentamente, hasta que sentí que estallaron. Cuando deshice el puño no eran más que un poco de agua salada.

Hoy conozco a mucha gente que lo perdió todo, menos las lágrimas, y solo en casa, me he acordado del día en que perdí a un amigo.

Una lágrima más

Valeria Aíram

Vio a la pequeña salir de la tienda de campaña con los párpados hinchados e impidió, con rapidez experta, que metiera el diminuto pie en un charco. Una inevitable sonrisa desdibujó su preocupación.

—Papá... ¿cuándo volvemos a casa?

El padre suspiró, recordando las mil veces que repitió durante el viaje: «¿Cuándo llegamos?». Pero ella insistió:

—Cuando volvamos, ¿podemos ir en bicicleta?

La mirada infantil destellaba con el recuerdo de la bici verde olvidada en el patio. El padre levantó los ojos hacia el horizonte, por encima del campo de refugiados, y aguantó el escozor de una lágrima más.

El ciego y el hechicero O cego e o feiticeiro

António Trabulo

Kimona era uno de esos *quimbandas*¹ malos que comen las almas. Se detuvo en un *quimbo* donde habitaba un ciego ya anciano.

Se metió en su sueño y le vio escarbar las paredes de la choza con las uñas, extrayendo piedras de luz. Se dejó fascinar y le propuso un negocio.

Primero, lo condujo a una elevación y le dejó mirar a través de sus ojos.

Le hizo avistar la tierra de Angola. Le enseñó campos de millo e interminables manadas de bueyes. Por la noche, le permitió observar en el firmamento el lucir de las estrellas.

Deslumbrado, el hombre casi se olvidaba de respirar. Rejuvenecido. El gusto de poder ver valía cien orgasmos.

El *quimbanda*, entonces, dijo:

—Te enseñé lo que veo. Me voy, pero puedo dejarte un rayo de luz para iluminarte los días.

El ciego estaba maravillado. Preguntó:

—¿Y esa luz es fuerte?

—Lo suficiente para que veas...

—¿Y perdura?

—Durará mientras que puedas tener los ojos abiertos.

—Ese regalo es del *soba*²... Nadie ofrece una cosa así sin querer nada a cambio...

¹ El *quimbanda* es el chamán o curandero en algunas zonas de Angola.

² El *soba* es el jefe o líder tradicional de las comunidades.

—Es verdad.

—¿Qué es lo que quieres de mí entonces?

—Una vida. Esta noche estrangularás a tu primera esposa. Podrás entonces recoger tu relámpago.

¿Cuanto tiempo tenía el ciego, aún por delante? Poco. ¿Y el tiempo valía la pena? Creyó que no. Había la posibilidad de estar siendo engañado. Eran cosas que pasaban...

Dudó, pero terminó por responder:

—¡Acepto!

Kimona partió antes de la madrugada.

Kimona era um desses quimbandas maus que comem as almas. Deteve-se num quimbo onde habitava um cego já velho.

Entrou-lhe num sonho e viu-o escavar as paredes da cubata com as unhas, minerando pedras de luz. Deixou-se fascinar e propôs-lhe um negócio.

Primeiro, conduziu-o a uma elevação e deixou-o olhar pelos seus olhos.

Fê-lo avistar a terra de Angola. Mostrou-lhe campos de milho e intermináveis manadas de bois. À noite, permitiu que observasse no firmamento o luzir das estrelas.

Deslumbrado, o homem quase se esquecia de respirar. Remoçara. O gosto de ver valia cem orgasmos.

O quimbanda, então, falou:

—Mostrei-te o que vejo. Vou-me embora, mas posso deixar-te um raio de luz para te iluminar os dias.

O cego estava maravilhado. Perguntou:

—Essa luz é forte?

—O suficiente para enxergares...

—E perdura?

—Durará enquanto fores capaz de ter os olhos abertos.
—Essa prenda é de soba... Ninguém oferece uma coisa assim sem querer nada em troca...
—É verdade.
—Que queres então de mim?
—Uma vida. Esta noite vais estrangular a tua esposa mais velha. Poderás então recolher o teu relâmpago.
Que tempo tinha o cego pela frente? Pouco. E esse tempo prestava? Achou que não. Havia ainda a possibilidade de estar a ser enganado. Era coisa já vista...
Hesitou, mas acabou por responder:
—Aceito!
Kimona partiu antes da madrugada.

Esa mujer blanca

Angela Nordenstedt

Esa mujer blanca, cincuentona y gordita, baja por la acera del sol de Jacometrezo. Ocho manteros suben por la acera en sombra, con sus sacos al hombro como ocho papanoeles negros. Ocho hombres jóvenes cuyos cuerpos transmiten una sensación equívoca: parecen relajados, pero en la suspensión de las rodillas se nota que están listos para echar a correr. En los rostros, la mirada sondea los alrededores con una seriedad fuera de dudas.

Es casi mediodía y en la calle solo están ellos, y esa mujer. En otro tiempo, piensa ella, en un lugar sin sombras, podrían ser una partida de caza y yo una vieja leona entre la yerba. Con mi lumbalgia y mi fascitis plantar no tendría muchas oportunidades, pero aquí no me alcanzan, ¡no hay pasos de cebra!

Esa mujer tiene mucha fantasía y además el sol le está dando en la cabeza.

El grupo sigue su camino.

La mujer se queda estupefacta ante un letrero:

«La Tesorería de la Seguridad Social se ha trasladado a la Calle de la Cruz».

La guerra de las mujeres

Paulo Akam

Llegaron las lluvias, impetuosas, y aplacaron las partículas de arena de un harmatán especialmente denso ese año. En pocos días el caudal del río había crecido hasta el punto marcado por mamá y la tía. Era la señal: comenzaba la guerra.

Nnöm no combatiría, estaba demasiado vieja pero aún así colaboraba en los preparativos. Nos pintaba la cara con arcilla mezclada con la savia de una planta que había recogido en el bosque. También hirvió piel de cacahuete y nos la restregó por el pelo. Las mujeres sacrificaron unas gallinas y mezclaron la sangre con otros jugos para untarnos el cuerpo y las extremidades. Era una guerra importante para las mujeres. Solo nosotras lucharíamos por el río. Los hombres aguardarían en el *aba'a*, no interferirían en esta contienda.

Las mujeres del poblado vecino nos esperaban. Yo tenía miedo pero mamá decía que no podíamos permitir que nos desplazasen del lecho del río junto a la cascada de las rocas azules.

Tengo que decirlos que ganamos esa guerra. Nunca vi a las mujeres de mi poblado blandiendo varas y palos como lo hicieron esa tarde. Regresamos con magulladuras y cortes, pero conservaríamos nuestra valiosa ribera. Aunque la gran victoria nos aguardaba de vuelta al poblado. Nos habíamos ganado el respeto de los hombres. Esa noche el *mbom-mvet* añadiría nuestra batalla a sus recitales épicos y los hombres bailarían para nosotras, orgullosos.

Publicación

Edición

Casa África, mayo de 2017

Coordinación

Estefanía Calcines Pérez

Traducción

De *Estúpido*, Elisa Cruz

Del prólogo, *Abiyán* y *El periplo de Samba*, Christian Méndez y Loli Betancor

De *El ciego y el hechicero*, Nádia da Fonseca

Diseño y maquetación

Mario Muñoz Fernández

© De la edición, Casa África

© De los textos, sus autores



CASA ÁFRICA

África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800 / www.casafrica.es / info@casafrica.es

Con el apoyo de:



canaïlla

